

En tercer lugar, un *Sur* de destino que debe cumplirse por un mandato absoluto libremente aceptado: sentimiento básico del mesianismo judío.

Y, por último, un *Norte* mágico, englobante, productor simultáneo de vida y muerte, magia que Spengler señalaba como característica de la cultura árabe y que Maimónides muestra con admirable claridad al refutar a los motacálimes, heterodoxos que afirmaban que las cosas son creadas, destruidas y vueltas a crear por Dios en cada instante, como en fuego de artificios.

Ya tenemos los puntos de referencia. Veamos ahora el camino que recorre nuestro poeta.

4. El viaje interior

El viaje interior de Fernando Ortiz comienza en el Occidente del *pasado*, en aquella región donde ya se ha puesto el sol. Zona de penumbra. Memoria de atardecer. Desde allí va a marchar llevando sobre su rostro todas las máscaras de la tradición. Es el caballero de los avatares, de las encarnaciones que hablan por su boca. Fernando Ortiz no habla: «es hablado». Por sus palabras fluyen los arquetipos de la tradición. De allí que su poesía posea un misterioso sabor milenario. Extraño caballero que:

*Viene de un reino lejano
y en lugar de la floresta
con la que había soñado
tan sólo encuentra maleza.*

*Vino de un reino lejano
por amor a una doncella
de tez blanca y ojos garzos:
¿era de verdad aquella...?*

*Vino de un reino lejano
para que su oído oyera
voces que oyó de muchacho
y su voz les respondiera.*

*No quiso manchar sus labios
con viejas palabras huecas.
Pensativo y solitario
ya para siempre regresa.*

(Regreso del caballero)

el erotismo de Aixa y la entrega a la Inquisición para ser quemada viva. Tras este crimen, Don Ramiro asesina a una castellana. Luego se transforma en bandido, va al Perú y muere de manera infame. Su única y última gloria es la oración que una jovencita pronuncia junto a su ataúd. La gloria que se perdió con Aixa fue así reivindicada por Santa Rosa de Lima. Hay aquí algo sintomático que es válido en América y seguramente en Andalucía: a pesar de las apariencias contradictorias, en el fondo no hay diferencia entre erotismo y mística.

Extraño caballero que avanza hacia el río del destino sin alcanzar a cruzarlo:

*En brumosas mañanas soñadas muchas veces
acercabas tus pasos con lentitud al río.
Mas llegabas al puente. Cuánta humedad. La niebla
hacia la otra orilla cada vez más lejana.
El siempre esperó allí, con su mano tendida,
hoy sepulta en el fondo de la infancia y el humo.*

*¿Por qué, entonces, Fernando, esa vaga sonrisa
y cortés esperanza, esa infantil prudencia
si la mano tendida es la sombra inasible
del amor, de los días por tí mismo deshechos
bajo el lúcido sol de las tardes de junio?*

(El puente)

Pero el agua va creciendo. El río será una constante de esta poesía. Río que nace desde las fuentes sureñas del destino y que avanza hacia el Norte de la muerte y del tiempo englobante que acaba por cubrirlo todo:

*El agua iba creciendo. Creciendo lentamente.
Ya eran agua los árboles, islas el horizonte.
Sólo queda un esquife que el guantelete helado
de la niebla aferrara. Seis Espadas de Plomo
clavo allí el Guantelete sobre el aire de acero.
Mas el Destino boga con su Remo Impasible
llevando en el esquife a una mujer y a un niño.*

(Seis de Espadas)

Ya volveremos a encontrar a esta mujer y a este niño.

Más allá, hacia el Oriente, está la *Amada* que un día apareció bajo la luz de junio y que ahora tiende a disolverse en la niebla. El alma («anima») es una mujer hecha de tiempo. Una mujer en cuyo seno se anidan simultáneamente la vida y la muerte. De allí que la mujer sea el ser mágico por excelencia, el ser que resume en sí todas las posibilidades del cosmos. Por eso el poeta tiene que ir hacia ella, para encontrar su alma y cumplir su destino. Al encontrar a la mujer, el hombre descubre su *propio tiempo*. En Fernando Ortiz la Amada aparece como figura caleidoscópica que proyecta su alma sobre las cosas cambiantes que la rodean, como la niña que se proyecta sobre sus muñecas. Proyecta toda su interioridad con excepción de su muerte que es intransferible*:

* Me he referido a esta idea de la muñeca imaginada inconscientemente como Ave Fénix, que muere y renace de sus propias cenizas, en mi ensayo *Meditaciones metafísicas sobre la muñeca*, publicado hace muchos años en la Revista de la Universidad de Antioquía, Medellín, Colombia.

*Puede que otras conserven sus muñecas de niña
así un recuerdo amable que dejaron los años
de un reino ya perdido. Pero quién, como tú
las llamó por su nombre, una a una, despacio;
quien las vistió de rasos, organdíes, cenefas
y modeló sus cuerpos con amor y cuidado;
quien hizo eso pisó los umbrales prohibidos,
las tablas carcomidas del desván clausurado
donde habita el ratón, y la terrible araña
a todos va envolviendo con su húmedo manto.*

(Rose cast out of Wonderland)

Al no alcanzar la otra orilla del río, el caballero vuelve al reino del pasado. Vuelve hacia el misterio de la noche primordial de la creación:

*Ah, oscuro, oscuro, oscuro donde todo comienza,
hasta esas tersas líneas, claras y luminosas,
cambiantes al destello del sol sobre las aguas
—estallidos salobres, disturbio en primavera—.*

¿Quién dió belleza y norma a lo trágico eterno?

(Venezia serenissima)

Y, afincado en el misterio, se enraiza en lo oscuro de lo cotidiano:

*Esta ciudad del sur donde el jazmín florece
y en donde el limonero deshiela el corazón de los amantes con su aliento de oro,
es la misma que sin piedad contempla
tu regreso a lo oscuro como ave silenciosa.*

(Tardes de estío)

Es curioso observar que estos dos últimos poemas han sido dedicados a María Victoria Atencia y Rafael León, respectivamente. Es decir, a un matrimonio, a una diada, símbolo de la unidad de los opuestos. Evocación del renacer después del regreso a la matriz oscura del misterio. Evocación de las aguas vivas del inconsciente. Es la diada la que va a generar al «niño» que un día volverá a acercarse al río del destino. Aparecerá bajo otra máscara, pero será el mismo de antes. Su pena lo hará regresar a la maternidad del misterio. Y la madre lo volverá a la pena. La pena lo confrontará con la suerte del destino. Y el destino lo llevará a la muerte. Allí será recogido por la rueda de fuego del tiempo para así cumplir con una ley de eterno retorno. Y todo vuelve a empezar. Y todo cambia para volver a lo mismo. En esto

se resumen los cantares del poeta. Pero ¿qué estoy diciendo? Yo también tomo una máscara. Esto ya se había dicho con palabras andaluzas más viejas y sabias que las mías:

*No importa la vida, que ya está perdida;
y después de todo, ¿qué es eso, la vida...?
Cantares...
Cantando la pena, la pena se olvida.*

*Madre, pena, suerte, pena, madre, muerte,
ojos negros, negros, y negra la suerte...
Cantares...
En ellos el alma del alma se vierte.*

(Manuel Machado: *Cantares*)

WALDO ROSS
Edifice Rockhill
4870 Côte-des-Neiges, Apt. 405
MONTREAL
(Canadá)

Un análisis del misticismo revolucionario en *Los de abajo*, de Mariano Azuela *

El pensamiento filosófico del cambio constante de las cosas en la naturaleza fue conocido mucho antes de que lo enunciase Heráclito con su fórmula clásica: Παντα ῥεῖν, «todo fluye». Muchos revolucionarios, aunque no lo supieran por erudición, se inspiraron en sus procedimientos de las ideas del mismo filósofo griego que afirmaba: «Πολεμο Πατρὸς Πυτον», «la guerra es el padre de todas las cosas».

A) La técnica literaria y el mensaje

Mariano Azuela (1873-1952), médico en las tropas que comandaba Francisco Villa, observó los hechos de la revolución mejicana con «occhio clínico», según la expresión romana, los sintió con su corazón simpatizante por el dolor humano, los describió con su imaginación creadora de tal modo que, muy lejos en lugar y en el tiempo, *Los de*

* Mariano Azuela, *Los de abajo*; Colección Popular; Fondo de Cultura Económica; México, 1977.